

# Breve historia de las nuevas ediciones del *Diccionario de María Moliner*

Joaquín Dacosta Esteban

Licenciado en Lingüística Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid. Discípulo de Gregorio Salvador, posee una experiencia de 20 años como lexicógrafo: inicialmente en el departamento de obras de referencia de la Editorial Santillana y, desde 1994, en la Editorial Gredos, en calidad de director del Seminario de Lexicografía. Entre sus últimos trabajos cabe destacar la dirección de la segunda (1998) y tercera edición (2007) del *Diccionario de uso del español* de María Moliner, así como sus ediciones abreviadas (respectivamente 2000 y 2008) y sus versiones electrónicas (1996 de la primera edición, 2001 de la segunda y 2008 de la tercera)

En la primavera de 1994 recibí una llamada de la Editorial Gredos, como respuesta a una carta de presentación profesional que semanas antes había entregado a Valentín García Yebra (1) a la salida de una de sus sesiones académicas. Me citaron para el día siguiente en la sede de la calle Sánchez Pacheco, en Madrid, de recuerdo imborrable para quienes hemos pasado tantas horas ante los arduos volúmenes color crema de la Biblioteca Románica-Hispánica.

Buscaban un coordinador para el desarrollo de una edición electrónica según un acuerdo que habían firmado recientemente con Word Perfect. Pero sus intenciones de fondo eran otras. La Gredos había decidido la publicación sin más dilaciones de una nueva edición del *Diccionario de María Moliner*. La obra mantenía su prestigio y seguía siendo un instrumento útil, pero había perdido parte de su vigencia como reflejo de la lengua actual, tras los casi treinta años transcurridos desde la primera edición, a lo que se unía el inevitable descenso en las cifras de ventas. Se había estado trabajando con ritmo desigual durante todo este tiempo, y había llegado la hora de completar y dar la redacción definitiva a los materiales existentes.

Doña María, según declaró en varios medios, desde el mismo momento de la salida del diccionario en 1966 y 1967, sintió la necesidad de empezar a trabajar en una nueva edición. La obra, sin duda, era extraordinaria pero nadie mejor que el autor de un diccionario sabe lo que ha tenido que dejar en el camino, y que su labor es de por sí imperfecta e infinita ya que debe aprehender un objeto en permanente evolución como la lengua, y especialmente el léxico de la misma.

Había empezado la recogida de voces y expresiones, generalmente de la prensa diaria, y fueron tomando forma algunos cambios estructurales que luego quedarían plasmados en la edición de 1998. De acuerdo con la crítica y la opinión de la editorial, la autora aceptó restituir el orden alfabético estricto en el diccionario, a diferencia del sistema mixto alfabético-etimológico de la primera edición, que dificultaba notablemente la consulta. Asimismo, se incluirían las categorías gramaticales en todas las entradas y acepciones, y se daría cabida a las expresiones malsonantes, excluidas –aunque no completamente– de la primera edición.

La enfermedad y la muerte en 1981 impidieron a la autora culminar el trabajo. Sin embargo, el entusiasmo de algunos familiares y colaboradores mantuvieron viva la obra. En particular, su nuera, Annie Jarraud, y Segundo Álvarez, jefe de correctores y alma de Gredos durante muchos



© José Luis Cano. Tomado de *María Moliner y su diccionario*. Zaragoza: Xórdica, 2000



© José Luis Cono. Tomado de *María Moliner y su diccionario*. Zaragoza: Xórdico, 2000

años, que ya había revisado el segundo volumen de la primera edición, y a quienes nunca agradeceré bastante la generosidad con que me ofrecieron la información que tenían en su mano sobre la historia y la “intrahistoria” de todo lo que se había hecho hasta el momento.

## La edición de 1998

Disponíamos del texto íntegro escaneado del diccionario, en formato de procesador de textos, ordenado alfabéticamente, con numerosas adiciones y enmiendas destacadas tipográficamente. En muchas de ellas se percibía la retórica elegante de doña María, pero otras provenían sin duda de otras fuentes. Había que completar el texto, revisarlo y ajustarlo a las nuevas directrices. Y todo ello con el mayor respeto a la primera edición y, naturalmente, dentro de unos límites de espacio y de tiempo.

Gredos puso medios humanos y técnicos. El proceso de redacción se informatizó y, al poco tiempo, pudimos contar con las primeras versiones de prueba de la edición electrónica, en la que se estaba trabajando paralelamente en la sede en Amberes de Word Perfect. Empezaron a aparecer también ediciones en CD-Rom de importantes periódicos, que nos permitían documentarnos rápidamente sobre el uso de muchas palabras. La edición digital nos ofrecía unas posibilidades de búsqueda hasta ese momento inimaginables. Hoy es algo muy común, pero el simple hecho de poder localizar las apariciones de determinada secuencia de caracteres en una masa de tres o cuatro millones de palabras en algunos segundos era un avance extraordinario. Pero los fundamentos de la tarea seguían —y siguen— siendo los mismos que cuando María Moliner recogía la información de los perió-

dicos y novelas, y redactaba las fichas a mano: la intuición y el rigor intelectual, la experiencia y la capacidad de trabajo del lexicógrafo.

La orientación general del diccionario y algunos rasgos particulares se describían en el extenso prólogo de la primera edición (2), pero en todo diccionario existen innumerables convenciones no escritas que sólo se pueden descubrir estudiando hasta el último detalle el texto lexicográfico: ordenación de las acepciones, estructuras habituales en las definiciones, criterios de separación o encadenamiento de acepciones y subacepciones, hiperónimos preferidos, es decir, términos genéricos a partir de los cuales se elabora una definición, inventario de marcas y observaciones incluidas en las entradas, elecciones ortográficas, rasgos de estilo...

El *María Moliner* desde sus orígenes pretendía cubrir dos tipos de necesidades de consulta. Por una parte, resolver las dudas de forma o de significado de una expresión dada (vertiente descodificadora) y, por otra, llegar a la palabra (o unidad pluriverbal) que se necesita para expresar una idea o realizar determinado acto lingüístico (vertiente codificadora). Junto al cuerpo de definiciones, habitual en el resto de los diccionarios, el DUE dispone de un completísimo sistema de referencias que permite llegar a una expresión a partir de otras de significado afín o relacionado. Por ejemplo, si alguien quisiera saber cómo se llama el hoyo que se cava alrededor de un árbol para recoger las aguas de lluvia o de riego, una de las vías sería acudir el término “hoyo” y, entre otras, encontraría la voz deseada: “alcorque”. También llegaría a este resultado en los catálogos de “árbol” y de “regar”. Los catálogos no pretenden ser una clasificación de léxico, sino un sistema, en buena medida subjetivo, pero eficaz, para encontrar la palabra que se necesita en un momento determinado. Junto a este procedimiento de localización, el diccionario incluye numerosas anotaciones que orientan sobre el uso correcto de las palabras, y amplios artículos gramaticales, de carácter práctico, que convierten a esta obra en una verdadera guía del idioma.

Todos estos aspectos habían de tenerse en cuenta en la actualización. Cada término, cada acepción que se incluía, debía ir acompañada del mismo tipo de observaciones que el resto de las entradas. Además, todas las palabras nuevas, siempre que era posible, tenían que incluirse en un catálogo existente. Si no existía, se creaba, como el de “contracultura”, que acogió a “psicodelia”, “beatnik”, “cabeza rapada”, “punk”, “ocupa” y otros neologismos, o el

de “informática” o “Internet”, para toda la terminología informática, completamente inexistente en la edición de 1967. Igualmente, se completaron las observaciones de uso de las entradas y se actualizaron algunos aspectos de los desarrollos gramaticales, como las frecuentes referencias al “Diccionario de la Real Academia”, que se basaban a la edición de 1956, cuando la vigente en aquel momento era la de 1992.

Pero la redacción de diccionarios no exige sólo resolver problemas de orden lingüístico, normativo o lexicográfico en sentido estricto. Las palabras apuntan a la realidad, y es necesario conocer esas realidades para definir —o mejor, “describir”— los términos que las expresan. Es necesario contar con la ayuda de especialistas en numerosas disciplinas, lo que obliga a un gran esfuerzo de entendimiento, ya que es necesario que este tipo de informaciones en un diccionario de lengua reúna las características propias de la definición lexicográfica, diferente de la definición de las enciclopedias o del tratado técnico o científico: claridad, concisión, información mínima suficiente.

La ingente tarea de actualización y revisión supuso un incremento en el número de entradas de más de un diez por ciento. Se llevaron a cabo también cambios generales que modernizaban la obra y permitían facilitar su consulta. Además de la mencionada ordenación alfabética, los catálogos largos pasaron al final de la entrada, ya que en muchas ocasiones dificultaban la lectura. Sirva como ejemplo llamativo el catálogo de la voz “planta”, que ocupaba más de once páginas y estaba situado entre las acepciones 11 y 12, lo cual hacía que el final de la entrada pasara prácticamente inadvertido. Igualmente pasaron al final de la entrada las “notas de uso”, las “formas de expresión” y las indicaciones de conjugación (3). Los nombres científicos de animales y plantas, que en la edición anterior figuraban en el cuerpo del diccionario, se dispusieron en un apéndice, lo que nos permitía ahorrar mucho espacio; al igual que los desarrollos gramaticales, que como los catálogos largos interrumpían en ocasiones la consulta. Muchas acepciones que aparecían caracterizadas como “de significado deducible”, aspecto que la crítica valoró siempre negativamente, figuraban ahora con definición propia.

No fueron menos costosas las últimas tareas de corrección y maquetación, dado el volumen y complejidad de la obra. En especial, las relativas a la tipografía, que en un diccionario no cumple una misión estética, aunque la estética bien entendida

es un elemento que contribuye a la legibilidad, sino que obedece a distinciones formales dotadas de significado en el conjunto.

Los trabajos, la última etapa de la historia de la segunda edición duraron algo más de cuatro años, hasta que en noviembre de 1998 el libro vio finalmente la luz, treinta y un años después de la primera. En el año 2000 apareció la edición abreviada, y en 2001, la electrónica.

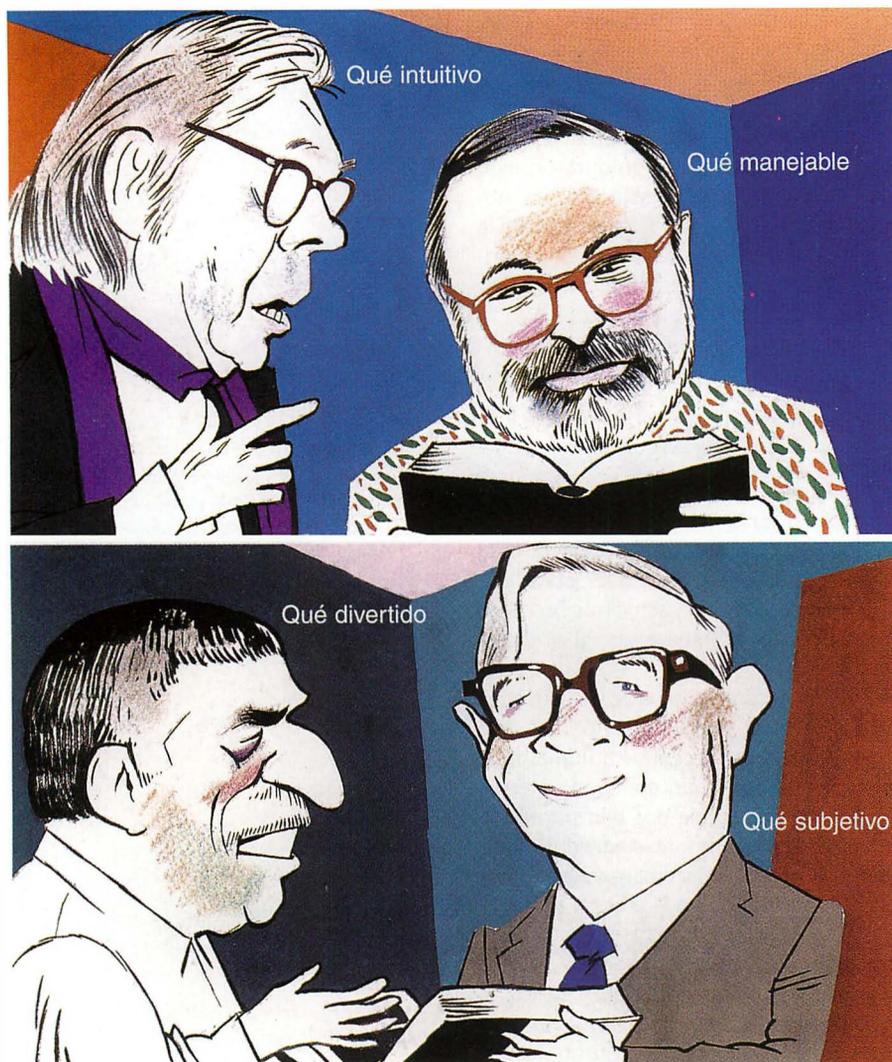
## La edición de 2007

El nuevo proyecto surge en una fase de normalidad en la vida del diccionario. La segunda edición había sido acogida muy favorablemente pero cualquier obra lexicográfica requiere una actualización constante si de verdad quiere ser reflejo de la lengua usual.

Mantiene los principios de las ediciones anteriores pero, al mismo tiempo, los contenidos han sido sometidos a una amplia actualización y se han efectuado ciertos cambios formales que nos han permitido ganar un espacio imprescindible y continuar el proceso de sistematización y clarificación ya iniciado en la edición anterior.

Probablemente, el aspecto más relevante de esta edición sea el hecho de estar basada casi exclusivamente en la documentación directa. Lo que cuenta no es lo que afirman los diccionarios u otras obra de referencia sobre el uso de las palabras, si no lo que es objetivamente observable en los textos en los que se emplean. Esto ha sido posible gracias a la incorporación a nuestro trabajo de los corpus de referencia informatizados y otros recursos de la Red que permiten la búsqueda textual.

Desde este punto de vista, la situación en que nos encontrábamos al abordar la tercera edición se caracterizaba, por un lado, por la superabundancia documental, y por la exigencia normativa, por otro. Los métodos actuales de documentación permiten un acceso casi directo al uso real. Un buscador de Internet, por ejemplo, hace posible documentar, y en gran abundancia, una expresión determinada cualquiera que sea su registro, incluso en el ámbito de la lengua hablada. Sin duda, ello supone un gran avance científico pero coloca al lexicógrafo en una posición delicada. El consultante común, educado en la tradición normativista, espera del diccionario orientaciones claras acerca del uso correcto (otra cosa es su propio uso), pero la documentación da cuenta de un fenómeno más complejo de lo deseado. Un diccionario general moderno debe resol-



© José Luis Cano. Tomado de *María Moliner y su diccionario*. Zaragoza: Xórdica, 2000

pertenecientes a los más variados temas de nuestro tiempo. Términos relativos a las tecnologías, especialmente Internet y la telefonía móvil (“ADSL”, “dominio”, “visitar”, “mensaje corto”), los deportes (“voley-playa”, “pilates”, “fitness”) la medicina y las terapias alternativas (“fibromialgia”, “retroviral”, “isoflavona”, “digitopuntura”, “flores de Bach”), los fenómenos sociales (“acoso laboral”, “hetero”, “cayuco”), la vida política (“eurocámara”, “islamista”, “judicializar”) o los coloquialismos y expresiones de argot consolidados (“flipante”, “salir del armario”, “pintar bien [o mal]”, “rayar[se]”). En total, el incremento de la nomenclatura con respecto a la edición anterior es de un catorce por ciento, con lo que el corpus actual del *Moliner* supera las noventa mil entradas.

Como novedad en la estructura general del diccionario, los adverbios en “-mente” se han incluido en el paréntesis inicial de los adjetivos de los que derivan cuando no aportan ningún significado especial, lo que ha permitido incluir todos los efectivamente documentados sin gran consumo de espacio. Por otra parte, se ha añadido un apéndice con una amplia relación de topónimos y gentilicios, formada por dos listas de unos seis mil registros cada una, ordenadas respectivamente por gentilicio y por topónimo.

## El futuro

En el momento de redactar estas líneas, está saliendo de la imprenta la edición abreviada del diccionario, y, tras año y medio de trabajo, acabamos de dar el visto bueno definitivo para que la edición electrónica entre en producción. El diccionario avanza, se moderniza, y es el momento de pensar en una nueva edición que supere las carencias de la actual. Hay que seguir corrigiendo errores, anotando observaciones, recogiendo las expresiones nuevas que aún no contempla el diccionario. Estamos mejorando los sistemas para la documentación y la redacción. Las posibilidades que se nos abren son inmensas, pero debe concederse a los profesionales los medios, la motivación y el tiempo que necesitan para realizar su labor. La lentitud es una cualidad poco prestigiosa y, quizá, poco rentable, pero nuestro trabajo es lento. Los diccionarios son elementos fundamentales en la cohesión de una lengua, y la calidad de los mismos mide con exactitud el nivel de cultura lingüística de un país. El esfuerzo vale la pena. ◀▶

ver este dilema. Por ejemplo, debe ser capaz de afrontar fenómenos como la introducción masiva de anglicismos, más prestigiosos en muchos ámbitos que sus equivalentes castellanos, y otros muchos hechos en cierto modo irregulares, pero muy generalizados, como la confusión entre “escuchar” y “oír”, el uso de “género” con el significado de “sexo” en ciertas expresiones o la construcción con posesivo de adverbios del tipo de “detrás” o “delante”: “detrás mío”, “delante mía”, etcétera. La nueva edición debía convertirse en un filtro que facilitara al consultante discernir entre lo aceptable y lo no aceptable, apartándose en igual medida del normativismo simplificador de otras épocas y del dogma antipurista, que concibe las obras lexicográficas como meros registros del uso.

En otro orden de cosas, pretendimos que el nuevo *Moliner* fuera un reflejo de la sociedad actual; de ahí la copiosa incorporación de voces y acepciones, y modificación en la redacción de otras,

### Notas

- (1) García Yebra junto a Julio Calonge. Hipólito Escolar y el ya fallecido Manuel Oliveira padre fueron los fundadores de Gredos.
- (2) Los textos preliminares de la primera edición se pueden descargar gratuitamente en: [http://www.editorialgredos.com/Moliner/pdf/Preliminares\\_primera\\_edicion.pdf](http://www.editorialgredos.com/Moliner/pdf/Preliminares_primera_edicion.pdf).
- (3) Todos los elementos de las entradas se describen detalladamente en el apartado “Uso del diccionario” de la introducción de la segunda y de la tercera edición.